

HEREDIA Y HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE (1803-1839)

POEMAS DESCRIPTIVOS

ÍNDICE:

EN UNA TEMPESTAD
LA ESTACIÓN DE LOS NORTES
AL SOL
NIÁGARA
HIMNO AL SOL
ESCRITO EN EL OCÉANO
CALMA EN EL MAR
AL OCÉANO
A MI PADRE, EN SUS DÍAS
A MI PADRE, ENCANECIDO EN LA FUERZA DE SU EDAD
CARÁCTER DE MI PADRE
A MI ESPOSA EN SUS DÍAS
AL RECIBIR EL RETRATO DE MI MADRE
AL CONCLUIRSE UNA PARTIDA DE CAMPO
LA SALIDA DE CARACAS
ELEGÍA
MIS DESEOS
ODA
LAS RUINAS DE MAYQUETÍA
SONETO
LA ENVIDIA
LA AVARICIA

EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible

En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra; misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no miráis? El suelo escarban,
De insoportable ardor sus pies heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día...
¡Pavoroso calor, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y a su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso...!
¡Gigante de los aires, te saludo...!
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de su parda vestidura...
¡Ved...! ¡En el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzó a mirar de monte a monte!

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado...!
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brotan el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra a suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada
Cae a torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusión, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estáis...? Os busco en vano:
Desparecisteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano

Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir...? Yo en ti me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz; siento a la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES

Téplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del septentrión los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla oscura,
Y a Cuba libran de la fiebre impura.

Ruge profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Sus alas baña Céfito en frescura,
Y vaporoso, transparente velo
Envuelve al Sol y al rutilante cielo.

¡Salud, felices días! A la muerte
La ara sangrienta derribáis que mayo
Entre flores alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veían con adusta frente
De las templadas zonas a los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y a la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del norte el viento,
Purificando el aire emponzoñado,

Tiende sus alas húmedas y frías,
Por nuestros campos resonando vuela,
Y del rigor de agosto los consuela.

Hoy en los climas de la triste Europa
Del aquilón el soplo enfurecido
Su vida y su verdor quita a los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero
Todo es vida y placer: Febo sonrío,
Mas templado entre nubes transparentes,
Da nuevo lustre al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! ¡Tú, favorecida
Con el mirar más grato y la sonrisa
De la Divinidad! No de tus campos
Me arrebató otra vez el hado fiero.
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh! ¡con cuánto placer, amada mía,
Sobre el modesto techo que nos cubre
Caer oímos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Océano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,
Que los cuidados y el dolor ahuyenta:
Él, adorada, a mi sedienta boca
Muy más grato será de ti probado,
Y a tus labios dulcísimos tocado.

Junto a ti reclinado en muelle asiento,
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,
De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

AL SOL

Yo te amo, Sol: tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del oriente asomas,

Siempre te saludé. Cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso, entre la sombra grata
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo;
Y me abandono a mil cavilaciones
De inefable dulzura
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio
Sólo de vicios y maldad ansioso,
Rara vez alza a ti su faz ingrata.
Tras el festín nocturno crapuloso
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende,
Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
A admirar y gozar, yo lo desprecio:
Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.

¡Oh! cuánto en el Anáhuac
Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
Mirábase encorvado
Hacia la tumba oscura.
En el invierno rígido, inclemente,
Me viste, al contemplar tu tibio rayo,
Triste acordarme del fulgor de mayo,
Y alzar a ti la moribunda frente.
“¡Dadme”, clamaba, “dadme un sol de fuego,
Y bajo él agua, sombras y verdura,
Y me veréis feliz...!” Tú, Sol, tú sólo
Mi vida conservaste: mis dolores
Cual humo al aquilón desaparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.

Mi patria... ¡oh Sol!... mi suspirada Cuba,
¿A quién debe su gloria,
A quién su eterna virginal belleza?
Sólo a tu amor. Del Capricornio al Cáncer
En giro eterno recorriendo el centro,
Jamás de ella te apartas, y a tus ojos
De cocoteros cúbrese y de palmas,

Y naranjos preciosos, cuya pompa
Nunca destroza el inclemente yelo.
Tus rayos en sus vegas
Desenvuelven los lirios y las rosas,
Maduran la más dulce de las plantas,
Y del café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivífico la viertes
Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas a veces también por nuestras cumbres
Truenan la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruge el rayo impaciente,
Estalla, luce, hiere y un diluvio
De viento y agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el caos
Amenaza tornar... Mas no, que lanzas
¡Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
La confusión de nubes y a la tierra
Llega a dar esperanza. Ella con ansia
Le recibe, sonrío, y rebramando
Huye ante ti la tempestad. Mas puro
Centella tu ancho disco en occidente.
Respira el mundo paz: bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la Creación! Cuando el Eterno
Del primitivo caos
Con imperiosa voz sacó la tierra,
¿Qué fue sin tu presencia? Yermo triste
Do inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad... Empero
La voz omnipotente
Dijo: “¡Enciéndase el Sol!” y te encendiste,
Y brotaste la luz, que en rauda vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo, al sentir tu delicioso fuego,
Se animó la Creación estremecida!

La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores
A una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su germen inmortal desarrollaron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
Te obedecen también: raudos giraban
Sin órbita ni centro,
Del éter en las vastas soledades.
El Criador soberano sujetólos
A tu poder, y les pusiste rienda,
A tu fuerte atracción los enlazaste,
Y en derredor de ti los obligaste
A que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres sólo
Criatura como yo, y estrella débil
¡Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes!, en presencia
De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
Omniscio, omnipotente, dirigiendo
Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazón del Universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
Ya con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira;
Gloria del Universo,
Del empíreo señor, padre del día,
¡Sol! oye: si mi mente
Alta revelación no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
A ti, rey de los astros, adorara.

Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar; así en el Cuzco
Los incas y su pueblo te acataban.
¡Los incas! ¿Quién, al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar...? Sencillo y puro,
De sus criaturas en la más sublime

Adorando al Autor del universo,
Aquel pueblo de hermanos,
Alzaba a ti sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
A tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente
Como pálida mies gemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza o favor a ti se alzaban:
Tú los desatendías,
Y tu carrera eterna proseguías,
Y sangrientos y yertos expiraban.

NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz...! Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.

Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano,
Azotado por austro proceloso,

Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano,
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando

En frívolo jardín: a ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dio su voz a tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad...! ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,

Y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi faz, marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla mis amantes brazos...!
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! ¡Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuela do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

HIMNO AL SOL

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Ven: al bronco rugir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el oriente,
Y la sombra se acoge a occidente
Y a las nubes lejanas del sur:
Y del este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedle ya...! Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.
Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de Amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son a tu noble poder.
Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracán inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas,
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.
Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.
Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que a mi seno descienes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al Autor de tu vida y la mía
Al Señor de los cielos y el mar.
Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo:
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.
¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fue al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.
En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede agitar.

Ninguna brisa
Llena las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.
En el oriente
Débil meteoro

Brilla y disípase
Leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna,
Y en torno la ciñe
Corona de luz.
El brillo sereno
Argenta las nubes,
Quitando a la noche
Su pardo capuz.

Y las estrellas,
Cual puntos de oro,
En todo el cielo
Vense brillar.
Como un espejo
Terso, bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.

La calma profunda
De aire, mar y cielo,
Al ánimo inspira
Dulce meditar.
Angustias y afanes
De la triste vida,
Mi llagado pecho
Quiere descansar.
Astros eternos,
Lámparas dignas,
Que ornáis el templo
Del Hacedor;
Sedme la imagen
De su grandeza,
Que lleve al ánimo
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara:
A seguir tu derrota dispónete,
Que en el puro lejano horizonte
Se levanta la brisa del sur;
Y la zona que oscura lo ciñe,
Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende,
Muy más bello parece el azul.

AL OCEANO

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi lecho estremecido!
¡Otra vez en el Mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! felice torno a saludarte
Tras once años de ausencia.

¡Salve otra vez! a tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

¡Me oyes, benigno Mar! De fuerza lleno,
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y cual flecha del arco despedida,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave, como débil pluma,
Ante el fiero aquilón que la arrebató
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento:
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento:
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.

Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso Mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno:
Y al empezar el mundo su carrera,
Fue su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, Mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes
-Ya sordas a tu voz-, tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la Natura.

¡Divino esposo de la Madre Tierra!
Con tu abrazo fecundo,
Los ricos dones desplegó que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera? -Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que, en nubes condensados
Y por el viento alígero llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de Natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.

Por ti, férvido Mar, los habitantes
De Venus, Marte, o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta, que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el Sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado Mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fue mi destino
Desde la edad primera:
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto.
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en dichoso olvido
Me deja respirar. Dulce a mi oído
es tu solemne música, Oceano.

A MI PADRE, EN SUS DÍAS

Cuando feliz tu familia
Se dispone, caro padre,
A solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo, el primero de tus hijos,
También primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.

¡Oh! ¡cuán gozoso repito
Que tú de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educación el peso
A cargo tuyo tomaste,
Y nunca a manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.

Amor a todos los hombres,
Temor a Dios me inspiraste,
Odio a la atroz tiranía

Y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
Que por ti Fileno hace
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.

Por largos años el cielo
Para la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de los hijos amantes.
Puedas ver a tus biznietos
Poco a poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace,
Cuando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.

Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto
Inciertos y vacilantes,
Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.

Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.

¡Hombres odiosos...! Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
Esos honrosos pesares,
Y si fueras más dichoso,
Me fueras menos amable.

De la triste Venezuela
Oye al pueblo cual te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.

Vive, pues, en paz dichosa:
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
Salud bálsamo süave,
Y Amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

A MI PADRE, ENCANECIDO EN LA FUERZA DE SU EDAD

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos a su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
Tu dolor elocuente
A demostrarla, y a fijar mi mente
En los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare,
Porque has obedecido
El acento del Dios que ha prometido
“Piedad y amor a quien piedad usare”.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan a tus torpes enemigos
La justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo;
Sí noble desventura...
-¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura
No prueba, di, su intermediación al cielo...?

CARÁCTER DE MI PADRE

Integer vitae scelerisque purus.
—(Horacio)

Candorosa virtud meció su cuna.
Fiole Clío su pincel sagrado;

Su espada Temis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fue libre. De su frente pura
El ceño augusto latigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fue su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido:
Fue hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
Él adoraba en vuestro altar augusto:
El polvo respetad de un hombre justo,
Y una lágrima dad a su memoria.

A MI ESPOSA EN SUS DÍAS

¡Oh! ¡Cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso día
Que te miró nacer, esposa mía!
Heme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
¡Con qué afectuosa devoción te adoro,
Y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos,
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo,
Y tu celestial mirada
Tiene en mi alma enajenada
Inexplicable poder.
Como el iris en el cielo
La fiera tormenta calma,
Tus ojos bellos, del alma

Disipan el padecer.

Y ¿cómo no lo hicieran,
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu día feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida unión los torpes celos.
Esposa la más fiel y más querida,
Siempre nos amaremos,
Y uno en otro apoyado, pasaremos
El áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,
Mientras nuestro pecho aliente:
Pasaré la edad ardiente
Sin que pase nuestro amor.
Y si el infortunio vuelve
Con su copa de amargura,
Respete tu frente pura,
Y en mí cargue su furor.

AL RECIBIR EL RETRATO DE MI MADRE

Es ella, sí: la veneranda frente
Que adoré mi niñez, de nuevo miro
Con profunda emoción, aunque las huellas
Del tiempo y del dolor tiene grabadas.
He aquí los ojos que mi débil cuna
Extáticos velaban, y los labios
Que con tierno cariño tantas veces
En mi pálida frente deponían
El santo beso maternal...

Imagen

De la madre mejor y más amada,
Ven a mis labios, a mi ardiente seno,
Y recibe las lágrimas que brotan
Mis ojos mustios: llanto de ternura,
¡Y acaso de fatal remordimiento!

Sí, madre idolatrada: tus amores,
Tu anhelo por mi bien infatigable,

Y tus lecciones de virtud sencilla
Desatendí frenético... ¿Qué pago
Recibiste de mí? ¡Dolor y luto!

Precipité mis pasos imprudentes
Tras el glorioso, espléndido fantasma
De inaccesible libertad. La ira
De celoso poder hízome blanco,
Y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches,
Cuando los ojos de llorar cansados
Cerrabas, te mostró la fantasía
Mi sangriento patíbulo!... Mi fuga,
Y una separación tal vez eterna,
Calmaron tu terror, no tus pesares.

¡Que lágrimas ansiosas de amargura,
Te habrá tu primogénito costado,
Prófugo, errante en extranjeros climas,
Donde asentaron su fatal imperio
Feroces odios, ambición tirana,
Y fratricida, bárbara discordia...!

Y yo, madre, también tu triste ausencia
Lamento inconsolable. Los prestigios
De mísero poder y fútil gloria
No me embriagaron, ni del pecho ansioso
Borrar pudieron tu sagrada imagen.

De Temis en el templo venerando,
En la silla curul a que Fortuna
Elevóme después, en el peligro
Y excitación de bélico tumulto,
Entre los brazos de adorada esposa
O las tiernas caricias de mis hijos,
Recordé tus amores y brotaba
De mis ardientes labios el suspiro.
Tres años ha que por la vez primera
Desde el trono español se pronunciaron
Los dulces ecos de la paz y olvido.

¡Oh! ¡cómo palpité...! La fantasía
Con mágica ilusión mostróme abiertos
Los campos deliciosos de mi Cuba,
Y entre sus cocoteros y sus palmas,
Al margen de sus plácidos arroyos,
Con mi familia cara y mis amigos

Me hizo vagar. Al agitado pecho
Pensé estrechar a las hermanas mías,
A mi madre inundar en llanto dulce
De inefable ternura, y en su seno
Deponer a mis hijos... Mas sañudo,
Arbitrario poder frustró mis votos:
Que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
De viles siervos abatida sierva,
No le es dado hacer bien ni al mismo Trono:
¡Su voluntad la eluden los caprichos
De sátrapa insolente!... Se arrastraron
Dos lustros y dos años dolorosos
De expatriación, de lágrimas y luto,
Y en los hispanos pechos implacable
Arde vivo el rencor...

Mas, a despecho

Del odio suspicaz y la venganza,
Yo, madre, te veré. Cuando benigna
Primavera genial restaure el mundo,
Las turbulentas olas de Oceano
Hendiremos los dos, y venturoso,
Del Hudson en las fértiles orillas
Te abrazaré. Tu imagen venerada
Será entretanto mi mejor consuelo.
Mostrándola a mis hijos cada día,
Enseñaréles con afán piadoso
A que te amen, respeten y bendigan,
Y oren por ti sus inocentes labios.

Ella, en este desierto de mi vida,
Será para mis ojos vacilantes
Fanal sublime de virtud. Al verla,
Tus augustos consejos recordando,
Fiel le seré, y a Dios enardecido
Elevaré mis incesantes votos
Porque a tus brazos me conduzca. Sea
Báculo a tu vejez tu primer hijo,
Y en asilo rural, feliz, oscuro,
Te haga olvidar las anteriores penas
Con amantes cuidados y caricias.
Aquesto y nada más demando al Cielo.

Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos
De la sangre y amor conmigo unieron,

A quien debo tal don, recibe ahora
Mi gratitud. Si mis humildes versos
Perdona el tiempo audaz, tu caro nombre
Ellos dirán a los futuros siglos,
De piadosa amistad para modelo.

AL CONCLUIRSE UNA PARTIDA DE CAMPO

¡Oh, qué días tan gustosos he pasado
En este campo ameno y delicioso,
Del bullicio del mundo separado,
Y donde nada veo que no sea hermoso!
En pescar y en pasear me he recreado,
Y quedándome aquí fuera dichoso.
Pero mi suerte lo contrario ordena,
Y ya me hace ausentar con mucha pena.

Ya, señores, de ustedes me despido,
Y confieso sincera y francamente,
Que quisiera mejor no haber venido
Que haberme de volver tan prontamente.
Ocho días muy gustosos he tenido;
Quedarme aquí quisiera eternamente;
Pero no puedo. ¡Qué dolor profundo!
¡Ah! no hay gusto completo en este mundo.

ELEGÍA

(Al salir de Caracas)

Cuando quiere venirme a la memoria
De aquella triste noche que en Caracas
La postrera pasé: de aquella noche
En que dejé personas tan amadas,
De mis ojos las lágrimas destilan,
Y un terrible pesar me oprime el alma.

La luna, retirarse ya queriendo,
Sus ligeros caballos apuraba,
Cuando yo, de un amigo acompañado,
Muy triste de Caracas me alejaba.
Todos sus moradores en silencio

En un plácido sueño reposaban.

Cuando de la ciudad estuve lejos,
De llanto mis mejillas inundadas,
Oprimido mi pecho y agitado:
“¡Oh Caracas”, exclamo, “que de patria
Un tiempo me serviste, a Dios te queda!
Mi destino fatal, mi suerte infausta
Me obligan a dejarte, pero siempre
Me acordaré de ti. ¡Que tus desgracias
Cesen, y seas feliz! Sagrados templos,
Que sois de un Dios eterno la morada,
Ya no veréis al que en mejores tiempos
Al Criador en vosotros adoraba.

Adiós, amigos míos: hora adversa
De vuestra compañía me separa.
No me olvidéis jamás. Vuestra es mi vida,
A despecho del tiempo y la distancia.
¡Oh Dios eterno y todopoderoso
Que estás mirando el fondo de mi alma,
Permíteme que yo a Caracas vuelva,
Luego que hayan cesado sus desgracias!”.

Dije, y marché precipitadamente
De aquel bello país que tanto amaba.
Desde aquel día fatal para mi dicha,
Ni placer ni consuelo halla mi alma.

MIS DESEOS

Oda

(A. don Clemente de Ponte)

Saber quieres, amigo,
Lo que yo deseara.
Si piensas que deseo
La gloria de las armas,
Te engañas. Me horroriza
Aquella horrible fama
Que sólo se consigue
Vertiendo sangre humana.

¿Las ciencias? No, Clemente,
Nunca las deseara.
Aquel que se dedica
De veras a estudiarlas,
Después de mil fatigas,
¿Qué es lo que logra? Nada.

Se cuenta por dichoso
Si deja averiguada
Una verdad que a todos
Importa poco o nada.
¡Y a cuántos esta dicha
Les ha costado cara!

¿Honores? no los quiero.
Al que los goza causan
Enemistades, penas
Y terribles desgracias,
Siendo sólo quimeras
De la fantasía humana.

¿Riquezas? ¿Para qué,
Si las riquezas causan
A su dueño mil sustos
Mil riesgos y mil ansias?

Yo, pues, tan sólo quiero
En pacífica calma
Gozar de los placeres
Con moderación sabia,
Y pasar una vida
Oculta e ignorada:
Teniendo un buen amigo,
Nada más deseara.

LAS RUINAS DE MAYQUETÍA

Pasajero, cualquiera que tú seas,
Que a Mayquetía veas,
No pongas tu atención, no tu cuidado
En este lugar triste y arruinado,
Ni en esos frontispicios,
Restos de sus caídos edificios,
Que antes fueron hermosos y habitados,

Y ahora ya derribados
Sirven de madriguera
Al sapo horrible, a la culebra fiera.

LA MUERTE DE SU PADRE

(Soneto)

Terrible incertidumbre, angustia fiera,
Que siempre me tenéis atormentado,
Dejad ya descansar un desgraciado,
Que de vosotros compasión espera.

Decidme de una vez si es verdadera
La triste suerte de mi padre amado,
De que todos me dicen que encerrado
Está en fluctuante cárcel de madera.

Si acaso fuere falsa la noticia,
Se quitara de mi alma el cruel recelo
Que en ella tengo fijo a mi pesar.

Pero si fuere cierta, y no ficticia,
Quiero ver mi desgracia ya sin velo,
Para poderme de ella lamentar.

LA ENVIDIA

(Soneto)

Ejercitando anoche el numen mío,
El genio de la envidia me miraba:
Con los ojos mi pluma devoraba,
Objeto ya de su furor impío.

Imaginó en su ciego desvarío
Que su horrible presencia me espantaba,
Mas yo que con desprecio le miraba,
Seguí escribiendo y díjele con brío:

-Huye luego al lugar de que saliste,
Pues en mi alma no tiene ni ha tenido

Lugar ninguno tu influencia triste.

Agitóse aquel monstruo enfurecido,
Y con rabia feroz gritó: -¡Venciste!-
Y desapareció con un aullido.

LA AVARICIA

(Soneto)

De mortal inquietud atormentado,
De angustia y sobresalto siempre lleno,
Nunca, Fabio, con ánimo sereno
Del más corto placer has disfrutado.

Vives de todo el mundo desconfiado;
Piensas que sin el oro nada es bueno.
De la dulce amistad nunca en el seno
Tu pesar o tu gusto has desahogado.

Nunca tu alma feroz y empedernida
Alivió al indigente con sus dones.
La gran riqueza tuya fue adquirida

A costa de miseria y privaciones.
¡Ay! Sin gozarla acabará tu vida...
¿Llevarás al sepulcro los doblones?